

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XVIII. Donde se cuentan las razones que passo Sancho Panca con sur Senor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581

intencion, aunque avia fido à costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedò con sus alforjas en pago de lo que se le devia ; mas Sancho no las echò menos, segun saliò turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta assi como le viò fuera, mas no lo consentieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuèra verdaderamente de los cavalleros andantes de la tabla redonda, no le estimàran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su Señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGO Sancho à su amo, marchito, y desmayado, tanto, que no podia harrear à su Jumento. Quando assi le viò Don Quixote, le dixo: aora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo, ò venta es encantado sin duda, porque aquellos, que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser fino fantasmas, y gente del otro mundo? Y confirmo esto por aver visto, que quando estàva por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragèdia, no me fuè possible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me devian de tener encantado ; que te juro por la fè de quien soy, que si pudiese subir, ò apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y malandrines se acordàran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir à las leyes de



cavalleria, que, como ya muchas vezes te he dicho, no contenten, que Cavallero ponga mano contra quien no lo sea, fino fuere en defensa de su propia vida y persona, y en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo, dixo Sancho, si pudièra, fuèra, ò no fuèra armado cavallero, pero no pude; aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra Merced dize, fino hombres de carne, y de huefso como nosotros; y todos, segun los oý nombrar quando me bolteavan, tenian sus nombres: que el uno se llamava Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oý que se llamava Juan Palomeque el Zurdo. Assi que, Señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cavallo, en al estuvo, que en encantamientos. Y lo que yo faco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer à tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro piè derecho. Y lo que feria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuèra el bolvèrnos à nuestro lugar aora que es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexàndonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes, Sancho, respondiò Don Quixote, de achaque de cavalleria! calla, y ten paciencia, que dia vendrà donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, que mayor contento puede aver en el mundo, ò que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno fin duda alguna. Assi deve de ser, respondiò Sancho, puesto que yo no lo sè: solo sè, que
despues

despues que somos Cavalleros andantes, ò vuestra Merced lo es (que yo no ay paraque me cuente en tan honroso Numero) jamas hemos vencido batalla alguna, fino fuè la del Vizcaÿno, y aun de aquella faliò vuestra Merced con media oreja, y media zelada menos; que despues acà todo ha fido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, llevàndo yo de ventaja el manteamièto; y avèrme fucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra Merced dize. Essà es la pena que yo tengo, y la que tu dèves tener, Sancho, respondiò Don Quixote, pero de aqui en adelante yo procurarè aver à las manos alguna espada hecha por tal Maestrìa, que al que la truxère con figo, no le puèdan hazer ningun genero de encantamientos. Y aun podria ser, que me deparàsse la ventura aquella de Amadis quando se llamàva, *el Cavallero de la ardiente espada*, que fuè una de las mejores espadas, que tuvo Cavallero en el mundo; porque, fuèra que tenìa la virtud dicha, cortava como una navaja, y no avìa armadura por fuerte, y encantada que fuèsse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando effo fuèsse, y vuestra Merced vinièsse à hallar espada femejante, solo vendria à servir, y aprovechar à los armados Cavalleros, como el bàlsamo, y à los escuderos, que se los papen dueños. No temas effo, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo harà el cielo con tigo.

EN estos Coloquios ivan Don Quixote, y su escudero, quando viò Don Quixote, que por el camino que ivan, venia hàzia ellos una grande, y espesa polvoreda, y en vièndola,

dola, se bolvió à Sancho, y le dixo: Este es el dia, ó Sancho, en el qual se hà de ver el bien que me tiene guardado mi fuerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto, como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el que tengo de hazer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvoreda, que alli se levanta, Sancho? Pues toda es quaxada de un copiosísimo exercito, que de diversas, è innumerables gentes por alli viene marchando. A essa cuenta dos deven de ser, dixo Sancho, porque desta Parte contraria se levanta assi mesmo otra semejante polvoreda. Bolvió à mirarlo Don Quixote, y viò que assi era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensò sin duda alguna, que eran dos exercitos, que venian à envestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia à todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, suceßos, desatinos, amores, y desafios, que en los libros de Cavallerias se cuentan; y todo quanto hablava, pensava, ò hazia era encaminado à cosas semejantes; y la polvoreda, que avia visto, la levantavan dos grandes manadas de ovejas, y carneros, que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaròn de ver hasta que llegaròn cerca. Y con tanto ahinco afirmava Don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino à creer, y à dezirle: Señor, pues que hèm de hazer nosotros? Que? dixo Don Quixote; favorecer y ayudar à los menesterosos, y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este, que viene por nuestra frente, le conduce, y guya el grande Emperador Alifanfaron, Señor de
de

de la grande Isla Trabobàna: Este otro, que à mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quièren tan mal estos dos señores? preguntò Sancho. Quièrense mal, respondiò Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagàno, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa, y ademàs agraciada señòra, y es Christiana; y su Padre no se la quiere entregar al Rey pagàno, fino dexa primero la ley de su falso Profeta Mahòma, y se buelve à la fuya. Para mis barbas, dixo Sancho, fino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudière. En effo haràs lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requière ser armado Cavallero. Bien se me alcanza effo, respondiò Sancho; pero à donde pondrèmos este asno, que estèmos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porque el entrar en ella en semejante Cavalleria, no creo que està en uso hasta aora? Assi es verdad, dixo Don Quixote; y lo que puedes hazer dèl es, dexarle à sus aventuras, aora se pierda, ò no, porque seràn tantos los cavallos, que tendrèmos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estàme atento, y mira que te quiero dar cuenta de los Cavalleros mas principales, que en estos dos exercitos vienen: Y para que mejor lo vèas y nòtes, retirèmonos à aquel altillo, que alli se haze, de donde se deven de descubrir los dos exercitos. Hizièronlo assi, y pusièronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que à Don Quixote



Quixote se le hizieròn exercitos, si las nubes del polvo, que levantàvan, no le turbàran, y cegàran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veya, ni avia, con voz levantada començò à dezir.

AQUEL Cavallero, que alli vès de las armas jaldes, que tràe en el escudo un leon coronado, rendido à los pies de una Donzella, es el valeroso laùrcalco, Señor de la puente de plata: Y el otro de las armas de las flores de oro, que tràe en el escudo tres coronas de plata en campo azùl, es el temido Micocolemo, gran duque de Quiracia. El otro de los miembros Gigantèos, que està à su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaràn de Boliche, Señor de las tres Aràbias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es Fama, es una de las del templo, que derribò Sansòn, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelve los ojos à estotra parte, y veràs delante y en la frente destotro exercito al siempre vencedor, y jamas vencido Timonèl de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas à quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y tràe en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dize: *Miàtu*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dize, es la fin par miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarve. El otro, que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que tràe las armas como nieve blancas, y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es un cavallero novèl de nacion Francès, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique. El otro que bate las
hija-

hijadas con los herrados carcaños à aquella pintada, y ligera Cebra, y tràe las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Narbà, Espartafilardo del bosque, que tràe por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en Castellano, que dize assi: *Rastrèa mi Suerte*. Y desta manera fuè nombrando muchos Cavalleros del uno y del otro esquadron, que èl se imaginàva; y à todos les diò sus armas, colores, empresas, y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar, prosiguiò diziendo: A este esquadron frontèro forman, y hazen gentes de diversas naciones: Aquì estàn los que bevèn las dulces Aguas del famoso Xanto; los Montuosos que pisan los Masilicos campos; los que criban el finissimo, y menudo oro en la felice Aràbia; los que gozan las famosas, y frescas ribèras del claro Termodonte; los que sangran por muchas, y diversas vias al dorado Pactolo; los Numidas dudosos en sus promesas; los Persas en arcos, y flechas famosos; los Partos; los Medos, que pelèan huyendo; los Arabes de mudables casas; los Citas tan crueles como blancos; los Etiopes de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco, y vèò, aunque de los nombres no me acuerdo.

EN estotro esquadron viènen los que bevèn las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan, y pùlen sus rostros con el licòr del siempre rico, y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino genil; los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los Eliseos Xerezanos Prados; los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas; los de Hierro



vestidos, (Reliquias antiguas de la sangre Goda;) los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pireneo, y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente quanto toda la Europa en si contiene y encierra.

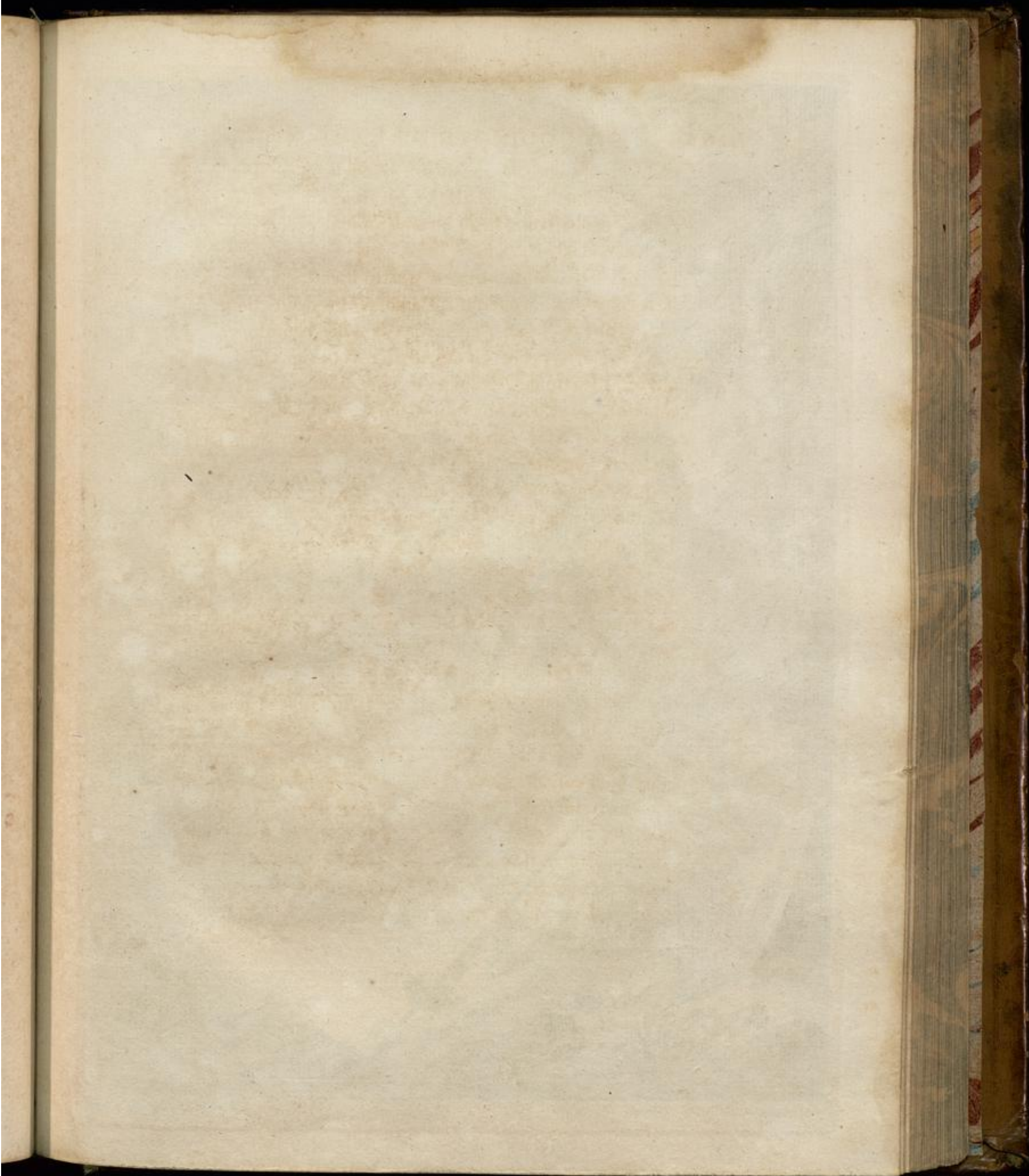
VALAME Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombrò, dándole à cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que avia leydo en sus libros mentirosos. Estaba Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando bolvia la cabeça à ver, si veya los Cavalleros, y Gigantes que su amo nombrava; y como no descubria à ninguno, le dixo: Señor, encomiendo al Diablo hombre, ni Gigante, ni Cavallero de quantos vuestra Merced dize, parece por todo esto, alomenos yo no los veo: Quiça todo deve ser encantamiento como las fantasmas de à noche. Como dizes esto? respondiò Don Quixote: No oyès el relinchar de los cavallos, el tocar de los clarines, y el ruýdo de los atambores? No oygo otra cosa, respondiò Sancho, fino muchos balidos de ovejas, y carneros; y assi era la Verdad, porque ya llegavan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te haze, Sancho, que ni veas, ni oyas à derechas; porque uno de los efectos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retirate à una parte, y dexame solo, que solo basto à dar la vitoria à la parte, à quien yo diere mi ayuda. Y
diziendo

diziendo esto, puso las espuelas à Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxò de la costezuela como un rayo. Diòle voces Sancho, diziendole: Buèlvase vuestra Merced, Señor Don Quixote, que, voto à Dios, que son carneros, y ovejas las que và à envestir. Buèlvase, desdichado del Padre que me engendrò, que locura es esta? Mire que no ày Gigante, ni Cavallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: Que es lo que haze, pecador soy yo à Dios? Ni por effas bolviò Don Quixote, antes en altas voces iba diziendo: Ea Cavalleros, los que seguys, y militàys debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, verèys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobàna. Esto diziendo, se entrò por medio del esquadron de las ovejas, y començò de alanceàllas con tanto corage, y denuèdo, como si de veras alanceàra à sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, devanle voces que no hizièsse aquello; pero viendo que no aprovechàvan, desciñèronse las hondas, y començaron à saludalle los oydos con pièdras como el puño. Don Quixote no se curava de las pièdras, antes discurriendo à todas partes, dezia: adonde estas sobervio Alifanfaron, vente à mi, que un Cavallero solo soy, que deseà de solo à solo provàr tus fuerças, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultò dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal-trecho, creyò fin duda, que estàva muerto, ò mal ferido; y acordándose de su licòr, sacò su alcùza, y



pùfofela à la boca, y començò à echàr licòr en el eſtòma-
go : Mas antes que acabàſſe de envaſar lo que à èl le pare-
cía que era baſtante, llegò otra almendra, y diòle en la ma-
no, y en el alcuza tan de lleno, que ſe la hizo pedaços,
llevàndole de camino tres, ò quatro dientes, y muelas de
la boca, y machucàndole malamente dos dedos de la ma-
no. Tal fuè el golpe primero, y tal el ſegundo, que le
fuè forcòſo al pobre Cavallero dár con figo del cavallo
abàxo. Llegàronſe à èl los paſtores, y creyèron que le avian
muerto; y aſſí con mucha prièſſa recogieron ſu ganado, y
cargàronſe de las reſes muertas, que paſàvan de fiete; y
ſin averiguàr otra coſa ſe fuèron.

ESTÀVASE todo eſte tiempo Sancho ſobre la cueſta
mirando las locuras, que ſu amo hazía, y arrancàvaſe las
barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna
ſe le avia dado à conocer. Vièndole, pues, caydo en el
fuego, y que yà los paſtores ſe avian ido, baxò de la cueſ-
ta, y llegòſe à èl, y hallòle de muy mal arte, aunque no
avia perdido el ſentido, y dixole: No le dezía yo, Señor
Don Quixote, que ſe bolvièſſe, que los que iba à acometer,
no eran exercitos, ſino manadas de carneros? Como eſſo
puede deſparècer, y contrahazer aquel ladron del ſabio mi
enemigo, reſpondiò Don Quixote. Sàbete Sancho, que es
muy facil coſa à los tales hazèrnos parecèr lo que quièren;
y eſte maglimo que me perſigue, envidioſo de la gloria,
que viò, que yo avia de alcançàr deſta batalla, ha buuelto
los eſquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino
haz una coſa, Sancho, por mi vida, porque te deſengañes,
y vèas ſer verdad lo que te digo: Sube en tu aſno, y ſi-
guelos





In: *Vanderbank invt et Delin.*
Vol. I. P. 157.

Ger. *VanderGucht sculp.*
12

guèlos bonitamente, y veràs como en alexàndose de aqui algun poco, se buelven en su Ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos, y derechos, como yo te los pintè primero: Pero no vayas aora, que he menester tu favor y ayùda. Llègate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegòse Sancho tan cerca, que casi le metìa los ojos en la boca, y fuè à tiempo, que yà avìa obrado el bàlamo en el estòmago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegò à mirar la boca, arrojò de si mas rezio que una escopeta quanto dentro tenìa, y diò con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido: sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparàndo un poco mas en ello, echò de ver, en la colòr, sabòr, y olòr, que no era sangre, sino el bàlamo de la alcuza, que èl le avìa visto beber; y fuè tanto el asco que tomò, que rebolvièndosele el estomago, vomitò las tripas sobre su mismo Señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudiò Sancho à su asno para sacar de las alforjas con que limpiarle, y con que curar à su amo, y como no las hallò, estùvo à punto de perder el Juyzio. Maldixòse de nuevo, y propùso en su coraçon de dexar à su amo, y bolverse a su tierra, aunque perdièsse el salario de lo servido, y las esperanças del gobierno de la prometida infula.

LEVANTÒSE en esto Don Quixote, y puesta la mano hizquierda en la boca, porque no se le acabàsèn de salir los dientes, asìò con la otra las riendas de Rozinante, que nunca

nunca se avia movido de junto à su amo (Tal era de leal y bien acondicionado) y fuèssè adonde su escudero estava de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas. Y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sàbete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto hà de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible, que el mal, ni el bien seàn durables; y de aqui se sigue, que aviendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca: Assi que no debes congojarte por las desgracias, que à mi me suceden, pues à ti no te cabe parte dellas. Como no? respondiò Sancho; por ventura el que ayer mantèaron, era otro que el hijo de mi Padre? Y las alforjas que òy me faltan con todas mis alajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondiò Sancho. Desse modo no tenèmos que comer òy, replicò Don Quixote? Effeno fuèra, respondiò Sancho, quando faltàran por estos prados las yervas que vuestra Merced dize, que conoce, con que fueren suprir semejantes faltas los tan malaventurados Cavalleros andantes, como vuestra Merced es. Con todo effo, respondiò Don Quixote, tomàra yo aora mas ahina un quartal de Pan, ò una hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yervas describe Dioscorides, aunque fuèra el ilustrado por el Dotor Laguna. Mas con todo esto sube en tu Jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y
mas

mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta à los mosquitos del ayre, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renaquajos del agua : Y es tan piadoso que haze salir su Sol sobre los buenos, y malos, y llève sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para Cavallero andante. De todo sabian y han de saber los Cavalleros andantes, Sancho, dixo Don Quixote ; porque Cavallero andante huvò en los passados siglos, que assi se parava à hazer un sermon, ò platica en mitad de un camino real, como si fuèra graduado por la universidad de Paris : De donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sèa assi como vuestra merced dize, respondiò Sancho ; vamos aora de aqui, y procurèmos donde aloxar esta noche, y quièra Dios que sèa en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los ày, darè al Diablo el hatò y el garavato. Pideselo tu à Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guìa tu por donde quisières, que esta vez quièro dexar à tu Eleccion el alojarnos ; pero dame acà la mano, y atièntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muèlas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metiò Sancho los dedos, y estàndole atentando, le dixo : Quantas muelas solìa vuestra merced tener en esta parte ? Quatro, respondiò Don Quixote, fuèra de la cordal, todas enteras y muy fanas. Mire vuestra merced bien lo que dize, Señor, replicò Sancho, Digo, quatro, fino eran cinco, respondiò Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente, ni muela de la boca, ni se me hà caydo, ni
comido